

Romanos 3:1-4, Privilegios del Pacto, parte II.

Introducción

Es un gran privilegio hacer parte de la familia de Dios, del pueblo de su pacto, es lo que empezamos a ver en los primeros dos versos de este capítulo. Al mostrar Pablo en el capítulo dos de su carta que los judíos vanos estaban totalmente equivocados al confiar meramente en sus externalidades como pueblo del pacto - y las señales externas que hablaban de ese pacto -, sin experimentar una transformación en sus vidas, sin vivir como pueblo del pacto en su interior, no está diciendo que Dios hizo un pacto en vano con esta nación, ni que las señales dadas por Dios mismo carecieran de valor. La respuesta a la primera objeción sobre el valor de ser parte del pueblo y tener las señales del pacto, ha sido un rotundo claro que sí hay provecho, claro que sí hay privilegios de dicho pacto; en primer lugar, porque se les ha confiado los oráculos de Dios, recibieron la revelación de su Palabra, sus fieles promesas. Pero inmediatamente el apóstol se adelanta a responder una segunda objeción que es la base de nuestra meditación en esta oportunidad, y tengamos por favor siempre en mente, que hoy nosotros como pueblo del Señor, también somos el pueblo del pacto. La objeción entonces plantea un temerario cuestionamiento: *“¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?”*. Revisemos esta objeción y su respuesta así:

I. ¿Qué acerca de la infidelidad de Israel?

Pablo ha argumentado que tener el privilegio de ser custodio de las palabras, de los oráculos de Dios, es algo incomparable, sublime, maravilloso. Y sabemos que es una maravillosa gracia del Señor contar con la revelación de su verdad en medio de un mundo alejado de Dios, en un mundo perdido en sus delitos y pecados. El pueblo de Israel ha tenido este grandísimo privilegio, pero alguien podría objetar a esto,

A. ¿Qué razón de privilegio hay ante la infidelidad del pueblo?

¿Cuál porque, cual motivo, qué razón de privilegio puede existir, si como tú Pablo has dicho antes, por causa de la infidelidad de este pueblo, el nombre de Dios es blasfemado entre los incrédulos? (Rom. 2:24). ¡Pablo, no parece coherente tu argumento al decir ahora que sí hay privilegios!. Pero hermanos, ¿acaso no es cierto que la nación judía había sido grandemente bendecida por Dios?, claro que sí. Dios habló siempre a su pueblo; a través del profeta Jeremías les decía: *“Y os envié todos los profetas mis siervos, enviándolos desde temprano y sin cesar”* (Jer. 7:25), este pueblo disfrutó del cuidado especial de Dios, aunque fue duro de corazón (Sal. 90:1, Hech. 7:2-48).

B. ¿De qué les sirve la Palabra si algunos han sido incrédulos?

Pablo entiende que alguien puede objetar entonces diciendo: *“¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?”*, ¿de qué les sirve tan grande privilegio de la palabra de Dios, si como estás insinuando muchos de ellos no han creído esas palabras, no han sido dignos de la confianza dada a ellos? ¿De qué sirve tal privilegio ante la incredulidad o infidelidad de esta gente?. Recordemos hermanos que los gentiles acusados en el capítulo uno habían dejado la verdad de Dios y habían adoptado la mentira, fueron incrédulos ante la revelación natural de Dios. Los judíos del capítulo dos, que solo confiaban en cosas externas,

estaban en una situación similar de incredulidad, pues habían sido incrédulos a las mismas palabras habladas de Dios, reveladas a ellos en particular como nación, luego entonces si están en la misma condición, de nada les sirve el privilegio de tener las palabras, la revelación, las promesas de Dios, la esperanza de un salvador. Pero a esto añade el apóstol,

C. ¿Dejará por esto Dios de ser fiel a su verdad?

Es cierto, algunos han sido incrédulos, algunos han sido duros de corazón, no todos, pues Pablo mismo es testimonio de los que sí habían creído, y Dios siempre ha mantenido un remanente fiel, más de 7000 hombres no se arrodillaron ante Baal aun cuando el profeta Elías creyó que él era el único que había permanecido fiel al Señor (1 Rey. 19:13-18). El profeta Isaías una y otra vez habla del remanente de Israel, indicando que hay un pueblo siempre salvado por gracia, incluso en medio de la devastación (Is. 28:5). Así las cosas, ¿podríamos decir que la infidelidad de algunos hará que Dios sea infiel?, ¡Ni Dios lo quiera!, es la respuesta del apóstol inmediatamente. Pero no quiere decir entonces que a pesar de ser incrédulos, gozarán de la salvación que Dios ha otorgado a los suyos precisamente por medio de la fe, a su tiempo se mostrará el resultado de su infidelidad a los privilegios otorgados por Dios, a su tiempo recibirán las consecuencias de haberse constituido en violadores del pacto. Y hermanos míos, las promesas de Dios se cumplen, así como sus amenazas, a su tiempo lo veremos cada uno en particular, y todos los creyentes como parte de su pueblo. Pero debemos resaltar que nada puede impedir que Dios cumpla lo que ha determinado, lo que ha prometido, porque el *“El consejo de Jehová permanecerá para siempre; Los pensamientos de su corazón por todas las generaciones”* (Sal. 33:11), y a su remanente que cree sus promesas, que tiembla ante sus palabras el Señor ha dicho: *“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis”* (Jer. 29:11), esto porque Dios sí es Fiel, lo que nos lleva al segundo punto.

II. Dios es fiel

Los verdaderos privilegios del pacto existen, porque Dios es Fiel. Dios es digno de toda la confianza, Dios no mudará lo que ha salido de su boca, lo que ha prometido. Ante el solo pensamiento de considerar que Dios llegue a ser infiel, el mismo apóstol tiembla y proclama: *“De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, Y venzas cuando fueres juzgado”*. Dios es fiel,

A. El único realmente Verdadero

De ninguna manera podemos considerar que la infidelidad de algunos podrá anular la fidelidad de Dios, en ninguna manera la incredulidad del pueblo que visiblemente se define como pueblo del Señor, hará que las promesas de Dios no se cumplan. A pesar de la idolatría y dureza de corazón que llevó al pueblo judío a la deportación, Dios mantuvo un remanente que hizo volver a su tierra, tal como antes lo había prometido (Is. 10:21, Esd. 9:15). ¡Sea Dios veraz!, ¡Sea Dios el único realmente verdadero!, ¡El único fiel que cumple todo cuanto promete, que es digno de absoluta confianza, cuyo carácter lo hace tener verdad infinita, eterna e inmutable!. Dios nunca dejará de ser Dios, por

lo tanto su verdad permanece para siempre, Sal. 89:14, 108:4. Él prometió a David un trono eterno, prometió a su pueblo un rey y salvador eterno, y a su tiempo vino Cristo, nuestro gran Rey y Señor, el que “se sienta en el trono de David para siempre”, Is. 9:7, Lc. 1:32, Hech. 2:29-32. Cristo vino en cumplimiento a la promesa del Padre desde antes de los siglos, promesa que dio a su pueblo, promesa que no se invalidó aunque muchos (o algunos) de entre ese pueblo hayan sido infieles a las palabras, incrédulos a las promesas de Dios. ¡Sea Dios veraz!, ¡qué consuelo es para el pueblo creyente saber que Dios es veraz, que sus promesas son verdad, que nunca dejaran de ser verdad!. Hermanos, aunque muchos hoy día digan ser creyentes pero su vida testifique contra ellos y sea de escándalo y tropiezo a muchos incrédulos, eso no hace nula la verdad y fidelidad de nuestro Dios, porque él mantiene un remanente que confía en sus palabras, que aguarda sus promesas, y que un día verá consumada su gloriosa salvación, un pueblo cuya ciudadanía está en los cielos, de donde espera a su Rey y Salvador, nuestro Señor Jesucristo (Fil. 3:20). Toda la escritura es Palabra de Dios, Palabra fiel y verdadera, Palabra digna de toda confianza, y Dios nunca dejará caer por tierra sus Palabras, Cristo mismo ha dicho “*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*”. (Mt. 24:35), no hay razón para dudarlo, él cumplirá todo cuanto ha dicho, todo cuanto ha pensado, todo cuanto se ha propuesto. ¡Sea Dios veraz!

B. Pero todo hombre es mentiroso

La única honra que vale es la de Dios, el único fiel y verdadero es Dios, 2 Tim. 2:13. Dios se mantiene fiel siempre, el hombre no. El hombre es pecador, mutable, inconstante, ante lo cual resalta en sobremanera la fidelidad de Dios. El apóstol cita en parte el Sal. 116:11, aquí el salmista engrandece la bondad de Dios para con su pueblo librándolo, manteniendo su fidelidad a su pacto, manifestando su maravillosa salvación, por su sola fidelidad, cosa que no se hallaba en un mero hombre pecador, así como el mismo David, quien al pecar gravemente contra Dios al acostarse con la mujer de uno de sus soldados y dejarla embarazada, para esconder su pecado mandó matar al marido de esta mujer. Esto trajo el desagrado de Dios sobre el rey David, quien tuvo que ser duramente exhortado para que pudiera arrepentirse de su maldad y asumir las consecuencias de su pecado confiando solamente en la bondad del Señor, tal como él mismo relata en el salmo 51:4. David reconoce que es un infiel pecador que merece el justo castigo de Dios, que la sentencia que Dios le imponga es justa, pues solo en David estaba la mentira y maldad. Por cierto hermanos, qué bueno es que nosotros reconozcamos también nuestros pecados, incluso cuando Dios usa a otros para hacérselos ver, David no le dijo al profeta Natán que era muy exagerado o que lo estaba juzgando sin ser Dios, que Dios era el único que lo podía juzgar, sino que se humilló porque entendió que era contra Dios que había pecado y no podía seguir sin experimentar un verdadero arrepentimiento, sin volverse a Dios. ¡Cuán duros de corazón solemos ser con frecuencia!, en lugar de arrepentirnos y reconocer nuestra maldad, pensamos que con decir “bueno todo el mundo es pecador”, con eso tenemos alivio en nuestra conciencia, en lugar de correr al Señor y sinceramente decir, contra ti, contra ti solo he pecado. Por esta actitud que todos hemos experimentado en una u otra forma, podemos decir como Pablo, solo la verdad de Dios resalta, solo la verdad de Dios permanece, y todo hombre

es mentiroso. No indicando con esto que debemos permanecer diciendo mentira entre nosotros, sino reconociendo que no nos conformamos a la verdad absoluta que hay en Dios, libre de toda mentira o fingimiento, por lo cual él

C. Nuca será culpable de engaño ni de injusticia alguna

Pablo cita precisamente la última parte del Salmo 51:4 al decir: *“como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, Y venzas cuando fueres juzgado”*. En estas palabras David quiere que Dios triunfe, que su justicia resalte al juzgarle, pues solo Dios es fiel y justo, mientras David ha sido injusto y mentiroso. Este hombre arrepentido, implorando la misericordia de Dios, no se interesa en su propio prestigio como rey y su fama como hombre de Dios, solo le interesa que el nombre de Dios se mantenga como tal, justo, fiel y verdadero, jamás culpable de indignidad o injusticia alguna. ¿Has experimentado tú tal arrepentimiento?, ¿has considerado tu injusticia y maldad frente a la majestuosidad de la justicia y verdad del Señor?. ¡Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso!, ¡Sea Dios el único verdaderamente Justo por sí mismo!, ¡no a nosotros o Señor, no a nosotros, sino a tu nombre sea la Gloria!

Conclusión

Dios no cumple sus palabras a un pueblo infiel solo porque se diga ser pueblo, porque tenga señales externas aunque en su interior viva su significado. Dios cumple sus promesas a ese pueblo, o mejor, al remanente de ese pueblo que en verdad confía en las promesas del Señor, de hecho, ha cumplido sus promesas enviando al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, y consumará su cumplimiento al venir nuevamente en gloria nuestro glorioso salvador a juzgar a los vivos y a los muertos. La infidelidad de algunos, no hace nula la fidelidad de Dios. La incredulidad de algunos, no hace nula la fidelidad de Dios. Dios siempre será fiel a su pacto, tomemos consuelo en esto hermanos, y volvamos nuestros rostros al Señor en arrepentimiento y fe, tomemos aliento en nuestro corazón en la fidelidad de nuestro Dios, veamos con asombro las maravillosas promesas de su pacto, consideremos cuánta gracia nos ha manifestado al darnos sus medios de gracia, al habernos dado su Santa Palabra, creamos a su verdad, y nunca dejemos de confiar en ella, pues entonces veremos nosotros mismos y no otros, que el Señor ha cumplido sus promesas (Sal. 118:17, Job 19:27). Oremos.